

Gritos de Vida y Esperanza

UNA VOZ SALIDA DE LOS RANCHOS

Llegué a la última página del best seller de 1960 en Latinoamérica, el libro brasileño "Quarto de despejo", ("Cuarto de desperdicio") que en dos meses ha vendido 60.000 ejemplares. Al tener las primeras noticias de ese "hit" literario, "SIC" en uno de sus Comentarios del número de noviembre de 1960 hizo la presentación del tema general del libro y de su autora, Carolina María de Jesús, habitante de la favela Camindé de San Pablo.

"Quarto de despejo" es un documento de primer orden. Muchos se preguntan cómo es posible que la negra Carolina María habiendo asistido solamente dos años a la escuela pudo haber escrito ese diario con un estilo tan vivo y aceptable, con tanta fuerza de expresión y riqueza de observaciones y detalles. La respuesta es que Carolina es una auto didacta. Ella nos dice que lee todas las noches. Que no se queda charlando en las esquinas. Y exclama: "el libro es el mejor invento que hizo el hombre!". En cuanto a la escrupulosa consignación de detalles encontramos estas palabras: "Pasé por el frigorífico para conseguir longanizas. Conté 9 mujeres que estaban en fila. Yo tengo la manía de observarlo todo, contarlo todo, consignar los hechos." Así no nos extraña la siguiente "constatación": "11 de junio. José Carlos (su hijo) quedó más tranquilo después que eliminó los gusanos, 21 gusanos".

El reportaje

El libro tiene forma de diario. Pero en realidad es un reportaje. El mérito de diario íntimo, desinteresado, destinado sólo al consumo interno en la soledad de un monólogo escrito lo tienen sólo los 14 primeros días (15 de julio - 28 de julio de 1955). La máxima parte de la obra, que abarca casi dos años (2 de mayo 1958 - 1 de enero 1960) fue compuesta con la intención expresa de darle difusión publicitaria. Hay que tener en cuenta esta conciencia refleja de publicar lo escrito para situar correctamente la obra. Estimo que esta circunstancia la acerca más al reportaje que a lo puramente espontáneo del "diario" exclusivamente personal. Esta situación da cuenta del hecho de que la distancia psicológica entre Carolina y la favela en que vive se haga mucho mayor. Inconscientemente Carolina actúa como un repórter visitante que está allí como un observador cercano, pero extraño.

Autenticidad de lo personal

La conciencia refleja de ser un puente entre la favela y el mundo no desvirtúa en lo más mínimo la autenticidad de la dimensión existencial personal que es la dominante de la obra. No olvidemos que las Confesiones de San Agustín fueron escritas para el público, como himno de gloria a Dios. Y precisamente este deseo de glorificar a Dios es lo que hace más auténtico lo secreto y personal de esta clase de obras. Carolina, lo hemos dicho, —no se identifica ni con la favela ni con los favelados—, continúa siendo la gran solitaria, la gran extraña en medio de ese ambiente cada vez más odioso, pero Carolina sí se identifica consigo misma y por eso "Quarto de despejo" es un documento existencial de absoluta fidelidad que reproduce un drama íntimo humano personalísimo.

De nuevo. El drama íntimo personal es al mismo tiempo el drama social, la voz de la favela. Porque Carolina es el-ser-humano-en-la-favela, igual a cada uno de los que comparten su suerte. La voz de Carolina es la voz de la humanidad. El portavoz de la favela. Y todos y cada uno de los dramas personales se reproducen en éste cuyo destino fue también el hacerse oír.

El grito de la vida

Nos vamos a fijar en lo que hemos calificado (a nuestro juicio) lo dominante en este libro: el contenido existencial y profundo de una vida humana.

En primer lugar, todo el libro es el grito poderoso y continuo de la vida que lucha ya en el último reducto. Y el grito de la vida cuando se la acorralla se hace fuerte como el del león. El hombre despojado de todo, se refugia en la favela para defender ahí lo último que le queda: su mera existencia, el mero sobrevivir. El instinto elemental de perdurar se concentra contra la amenaza más inmediata: el hambre cuyo fantasma llega a convertirse en obsesión.

Primero el agua. De madrugada hay que dejar el lecho y formar fila para llenar las latas en la única pila. Y otra vez a la calle a recoger papeles y vender su peso y ganar algo. Y no basta. Hay que pasar por el frigorífico a mendigar huesos. Hay que urgar la basura buscando restos de comida. Si preguntan, se dice que es para los perros. Así se quita de la boca de los perros lo que han de consumir los humanos.

El tema del hambre se repite indefinidamente con variedades sin fin. A orillas del río descargaron arroz descompuesto. Los favelados se precipitaron pero era tarde: la corriente se lo había llevado. Carolina exclama: Felices los peces que pueden comer arroz. Quién pudiera ser pez!

La comida de la basura es traicionera. Lo sabe Carolina y el pensamiento de que acaso esté la muerte en acecho la acomete cuando ve que sus

pequeños comen algo de la basura. ¿Tendrá veneno?, es la duda. El caso del pequeño Zihno es conmovedor. Era un negrito gracioso que recogía papel en un basurero llamado Lixon. Allí lo encontró asando un pedazo de carne casi podrida. —No comas esa carne, que no está buena. —No importa, tengo hambre. Tres días más tarde volvió Carolina y junto al fuego muerto del basurero estaba el hinchado cuerpecito de Zihno, muerto también. Ahora el frigorífico echa creolina a la carne para que los pobres no la cojan.

Los cuervos

“7 de junio. Nosotros somos pobres, vamos a las orillas del río. Las orillas del río son los basureros para nosotros los marginados. Porque la gente que puebla las favelas son considerados marginados. No se ven cuervos revoloteando a las orillas del río, cerca de los basureros. Los desempleados han sustituido a los cuervos”.

“Cuando fui a recoger papel me encontré con un negro. Tan roto y sucio que daba dolor. Con sus vestidos rasgados podría presentarse como director del sindicato de los miserables. Su mirar era un mirar angustiado como si mirase al mundo con extrañeza. Indigno de un ser humano. Estaba comiendo dulces que la fábrica había tirado en el barro. Limpiaba el barro y comía los dulces. No estaba embriagado pero vacilaba al andar. Tambaleaba. Estaba tonto de hambre”.

La muerte

En el combate contra la muerte para sobrevivir el hombre, en momentos se cansa y piensa en entregarse. La seria perspectiva del suicidio es el fondo donde se destaca más el grito por la vida conmovida en sus cimientos. Acosada por el hambre y el cansancio de la lucha ve cruzar por su mente la posibilidad del suicidio. El ave negra vuelve una y otra vez, 21 de junio, 24 de julio, 28 de julio... de nuevo el año siguiente, 29 de abril, 16 de junio. (“Quería convidar a mis hijos para suicidarnos”). Son momentos en que exclama: “La peor cosa del mundo es el hambre”. “La peor cosa de la vida, es la vida misma”.

Sobre la sombra del deseo siniestro brilla más una apreciación de valor que prevalece y triunfa siempre que el enemigo amenaza; y es ésta: hoy día los que viven hasta que llegue la hora de la muerte son héroes. Este es el pensamiento final y el que predomina. Es verdad, es verdad. El heroísmo de la vida de los pobres puede compararse con el heroísmo de los mártires. La vida del pobre es una confesión gloriosa sobre el potro de un martirio continuo. ¿Por qué no levantamos altares a los pobres muertos en sus puestos de heroísmo?

Valoración del heroísmo y de la flaqueza

Mueren los pobres y nadie se acuerda de ellos. Almas sencillas, se dice. Reservemos las palmas para los grandes. No sería mejor dejar la palabra

a los pobres y aceptar sus juicios de valoración ya que están fundados en la vivencia misma de las realidades? ¿Puede el suficiente y el holgado apreciar el heroísmo de ser pobre? ¿Por qué entonces no darle fe a los mismos pobres cuando hablan de su hambre, de sus luchas, de sus debilidades? la idea de que es conveniente una vivencia de situaciones heroicas, para poder valorar lo fuerte y lo débil del hombre en su lucha contra el mal estaba clara en los primeros siglos del cristianismo. Entonces los Confesores, los que habían experimentado y vivido la trágica agonía del martirio eran los que dictaminaban de la virtud y los méritos. ¿Y hoy? Los pobres mueren... ¿Los enterramos sin nombre? Los débiles sucumben... ¿Podremos condenarlos?

Rugidos de león

El grito por la vida lo hemos comparado con el rugir del león. En nuestro caso tenemos el grito de una leona que cuida sus cachorros. La heroína de “Quarto de despejo” tiene tres niños. Profunda era la dimensión vital del ser que lucha por su existencia en el último reducto. De igual profundidad existencial es el amor de una madre para sus hijos. Uno de ellos estaba enfermo y Carolina volvía corriendo de la calle para cuidarlo después de todo un día de ausencia forzada. Cuando abrió la puerta su hijito la miró. Y la madre escribe: “¡Qué mirada tan tierna! En mi vida he visto otra mirada igual”.

¡La favela! Es la antesala del infierno, o si no, el mismo infierno, escribe. Lo dice por los vecinos. Si riñen con sus hijos y son intolerantes, Carolina defiende a sus pequeños incondicionalmente.

El ambiente de la favela, una verdadera escuela de vicio, es lo que lo hace intolerable para los niños. Se siente la angustia de cambiar de vivienda. Pero ahí la tiene atenazada la pobreza. Y la misma pobreza la obliga a salir por las calles recogiendo papeles, hierros, lo que encuentre para ganarse la vida mientras quedan los niños solos en la favela. Y la escuela del mal va a la larga siendo eficaz. A su hijito mayor lo han llevado varias veces al juzgado de menores. Carolina promete velar por él todavía más. En este momento la atormenta la alternativa punzante de llevarlo a un orfanato del Estado. Duda, sufre, ya se va a decidir a llevarlo cuando se presentan en su rancho dos niños escapados del asilo. Le cuentan detalles del infortunio de vivir en esa institución. Carolina demora su decisión. Días más adelante se encuentra en la calle con mujeres de conducta sospechosa. —¿Ustedes dónde se criaron? —En el orfanato. Carolina no se desprendió de su hijito.

“Qué cosas más curiosas tiene la vida: ni mis hijos conocen a sus padres, ni ellos conocen a mis hijos” es otra entrada del diario donde se menciona el origen oscuro de esos niños “que no tienen la culpa de haber nacido en la favela”. Por ser inocentes la madre los quiere entraña-

blemente Con lo poco que puede recoger, les procura los mejores alimentos, los calza, diariamente los manda a la escuela.

La voz de la esperanza

En medio de tanta miseria material y de todo género que rodea a nuestra escritora, ésta posee el don de percibir la bondad de las cosas de la naturaleza y la belleza e inocencia de las creaturas próximas a Dios: los seres pequeñitos; los niños, los enfermos, los ancianos.

Citémos un par de ejemplos. Inesperadamente su hijita Vera Eunice recibe de una Señora una muñeca de regalo. Carolina se fija en lo que su pequeña de cinco años dice a su bienhechora: "Que toda la favela va a quedar con envidia. Que ella va a rezar todos los días para que sea feliz. Que va a enseñar a rezar a la muñeca. Que la va a llevar a misa para rezar por la Señora para que vaya al cielo y nunca se enferme..."

Un día se encontró con un cieguito:

—¿Cuántos años hace que perdiste la vista?

—Diez.

—¿Te crees infeliz?

—No. Porque todo lo que Dios hace es bueno.

—¿Cuál fue la causa de perder la vista?

—La debilidad.

—Entonces, ¿ya vio el sol, la flores y el cielo lleno de estrellas?

—Sí, ya lo ví. Gracias a Dios.

Ahí está el camino hacia Dios, a través de la pureza de la creación y de la bondad de las almas. La maldad humana no la desengañó nunca de creer en la inocencia de sus hijos, sí, de todos los niños. Estando escribiendo a la puerta del rancho pasó una niñita de seis años hija de los vecinos y dijo: "—Está esa negra indecente escribiendo..." Carolina permaneció en silencio y pensó: son sus padres los que la instigaron.

"La vida es un libro..."

Vivir en la favela se hacía cada día más insostenible. Por todo el diario se tropiezan frases como ésta: "Tengo la impresión que estoy en el infierno". "La favela es una ciudad cuyo alcalde es el mismo diablo". "La favela es la sentina del diablo". Y para salir de ese infierno, Carolina pone toda su confianza en Dios. "El día en que me mude de aquí he de quemar incienso para

agradecer a Dios. He de hacer un ayuno mental, pensar sólo en las cosas buenas que agradan a Dios".

Ya sabemos todos cómo la Providencia libró a Carolina y a sus hijos del horror de la favela. Con los honorarios del libro "Quarto de despejo" pueden vivir en otro sitio en condiciones humanas.

Así este libro, providencial para la vida de esta pequeña familia es un tributo de acción de gracias a Dios. Lo podemos comparar con las Confesiones de San Agustín, porque todo hombre humilde y sincero que acepta su destino como venido de la mano de Dios, al desarrollar su historia humildemente está glorificando a Dios. Como San Agustín, así Carolina cuenta sus pecados. En sus miserias y angustias se somete a Dios y ahí está lo más importante de la existencia humana, sí, lo heroico.

En la entrada del 28 de mayo de 1959 están unas frases que en su profundidad inigualable son la esencia de la interpretación cristiana y providencialista de la vida y de la historia. "La vida es un libro. Sólo después de haberlo leído sabemos lo que contiene. Y nosotros, cuando estemos al fin de la vida sabremos cómo nuestra vida ha transcurrido. La mía, hasta ahora, ha sido negra". ¡La unidad de la vida! La frase nos recuerda la imagen de San Agustín comparando la vida con una sinfonía cuyo sentido existe sólo cuando se ha concluido! La vida, arco tendido de posibilidades está siempre abierto a lo mejor, (o a lo peor). Pero en ningún caso cerrado en el fatalismo o confiado en la soberbia presunción del pasado.

La vida es un libro. La gran incógnita mientras dura. Sólo su misterio se revelará al final. Aquí, en ese abandonarse en las manos de El, que lo comenzó, está la verdadera actitud cristiana: ni desesperación ni presunción. El que sufre que no se desespere, porque "vuestra tristeza se convertirá en gozo". El que se siente seguro, desconfíe de sí y cuide no caiga.

La vida es un libro. La de Carolina. La de San Agustín. La de todos. El sentido del mensaje escrito en todos esos libros es uno solo: la gloria de Dios. La revelación (gloria) del amor del PADRE en la existencia e historia de sus hijos.

RAFAEL CARIAS